

★ ★ ★

HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

1776 - 1945

AURORA BOSCH



CRÍTICA

AURORA BOSCH

HISTORIA
DE ESTADOS UNIDOS

1776-1945

Crítica
Barcelona

Primera edición: abril de 2005

Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2019

Historia de Estados Unidos 1776-1945

Aurora Bosch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Aurora Bosch, 2005

© Editorial Planeta S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-072-7

Depósito legal: B. 1023 - 2019

2019. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Capítulo 1

REVOLUCIÓN, INDEPENDENCIA Y CONSTRUCCIÓN NACIONAL, 1776-1791

LAS COLONIAS EN EL SIGLO XVIII, SOCIEDADES EN PROCESO DE CRECIMIENTO ECONÓMICO Y CAMBIO SOCIAL ACELERADO

Hacia 1760, las 13 colonias británicas del América del Norte, no sólo habían demostrado su viabilidad económica, al constituir ya un tercio de la economía británica, sino que eran una sociedad diversa y conflictiva, en rápido proceso de cambio, que iban afirmando unos rasgos distintivos con respecto a la metrópoli.

La población de las colonias norteamericanas crecía más rápidamente que ninguna otra del mundo occidental. Entre 1700 y 1776 sus habitantes se habían multiplicado por diez, pasando de 250.000 habitantes a dos millones y medio, cuando ya constituía la quinta parte de las poblaciones británicas e irlandesas. Este aumento de la población fue debido tanto a un crecimiento vegetativo global del 1,5 por 100 y una esperanza de vida, una vez superada la primera infancia, superior a los sesenta años,¹ como a las nuevas oleadas migratorias, tanto libres como forzadas.

Para satisfacer la demanda constante de mano de obra en las plantaciones del sur fueron deportados un total de 50.000 presos británicos, que durante el siglo XVIII se sustituyeron progresivamente por esclavos africanos. En 1780 había ya 575.425 esclavos — 1/5 de la población colonial —, que vivía mayoritariamente en las colonias del sur. También los ingleses y escoceses pobres continuaron llegando a las colonias como *servientes contratados* para — a cambio del pasaje —, trabajar y ser tratados como esclavos por un período medio de cuatro años, tras los cuales recobraban su libertad.²

En cuanto a los inmigrantes libres ya no eran exclusivamente ingleses. Entre 110.000 y 150.000 alemanes luteranos y 250.000 escoceses del Ulster presbiterianos se establecieron en los territorios de frontera de Pensilvania, Virginia y Las Carolinas. Allí ocuparon y roturaron las tierras de forma ilegal, disputándolas peligrosamente a los nativos americanos. A los alemanes y escoceses-irlandeses se sumaron otros grupos menores como los hugonotes franceses, los irlandeses, los galeses, los suizos y los judíos, de forma que hacia 1790 poco más de la mitad de la población tenía sus orígenes fuera de Inglaterra.³

Esta presión sobre la tierra aumentó el territorio colonizado, que hacia 1760 era ya una franja costera continua en el Atlántico, de Maine a Florida, que se extendía al oeste más allá de los Apalaches. Seguía siendo una sociedad muy rural —sólo 167.500 personas vivían en las ciudades principales—, con una población muy dispersa, pero al calor de la actividad comercial fueron creciendo algunas ciudades en la costa Atlántica. La principal era Filadelfia con 35.000 habitantes, Boston y Nueva York contaban 25.000 habitantes cada una, tras ellas estaban los puertos de Charleston y Newport y otras 15 ciudades más pequeñas.

En esta sociedad tan rural, el desarrollo agrícola fue el puntal del crecimiento económico colonial del siglo XVIII y la forma en que la economía colonial se imbricó en la expansión económica británica. La presión demográfica aumentó la superficie cultivada y gran parte de la producción agrícola —principalmente grano y tabaco—, ya fuera en las plantaciones del sur o en las explotaciones familiares del noreste, se dedicaba a la exportación a Europa y al Caribe o al incipiente comercio interior e intercolonial, que el crecimiento de las ciudades y la mejora de los medios de transporte favoreció. Este mercado interior regional e interregional estimuló también las primeras manufacturas de tejidos naturales y zapatos.

Pero la creciente demanda colonial de productos manufacturados aún prefería las manufacturas británicas, incrementando el déficit comercial de las colonias con la metrópoli. Así, en este floreciente comercio, que en 1745 ocupaba la mitad de los barcos ingleses, las importaciones de Inglaterra y Escocia⁴ pronto superaron a las exportaciones americanas, generando un déficit comercial, que de momento era compensado por el comercio ilegal con las Antillas no británicas y los beneficios económicos de pertenecer al imperio. Entre estos beneficios estaban los mercados garantizados, la protección naval, el acceso al crédito inglés y escocés o el que los barcos construidos en las co-

lonias americanas, fueran legalmente británicos, permitiendo así desarrollar en América una de las industrias más potentes de construcción naval.⁵

Aunque el crecimiento económico de la primera mitad del siglo XVIII elevó la movilidad social y las posibilidades de enriquecimiento, también consolidó el poder económico de las élites coloniales y aumentó las desigualdades de riqueza entre estas y el resto de la población. Entre 1730 y 1760 en ciudades pequeñas, como eran Nueva York (25.000 habitantes), Filadelfia (35.000) o Boston (25.000), la élite de comerciantes concentró e incrementó su riqueza en torno a un 50 por 100, amasando enormes fortunas e imitando los comportamientos de la clase alta británica. Por esas fechas, en esas mismas ciudades tuvieron que construirse casas de beneficencia para el creciente número de pobres, entre los que había desempleados temporales, nuevos inmigrantes y veteranos de las guerras en las colonias.⁷

Por otro lado, aunque los propietarios agrícolas eran mayoría, no todos los que pretendían acceder a la propiedad lo consiguieron en la primera mitad del siglo XVIII y el arrendamiento se convirtió en una de las formas dominantes de la explotación de la tierra desde Nueva York hasta Carolina del Norte.⁸ Algunos propietarios concedían arrendamientos a precios bajos, con el simple objetivo de roturar la tierra; otros eran compañías que compraban tierra en el oeste para especular y algunos como los propietarios del valle de Hudson, querían, como en un sistema feudal, unir extracción económica y privilegio político. Así, la demanda de tierra fue motivo de los distintos movimientos de protesta rurales que estallaron en el campo colonial desde 1740. En 1740 fueron los arrendatarios de New Jersey, en 1750-1760 los del nordeste de New York y el valle de Hudson y, entre 1766-1771 —ya en el período revolucionario—, el Movimiento Regulador reunió a 2.000 campesinos pobres de los condados del oeste de Carolina del Norte contra el sistema de impuestos, los comerciantes y los abogados, que recolectaban las deudas. El movimiento fue dispersado por la milicia en 1771 y seis de sus líderes fueron ahorcados.

Las protestas sociales en el campo y las ciudades expresaban ya el surgimiento de una ideología popular, que desafiaba el poder de la élite exigiendo su participación en la política y cuestionando la distribución de la propiedad. Este ambiente de desafío a la autoridad de las élites tuvo su máxima expresión en el movimiento de disidencia religiosa conocido como el *Gran despertar*, que se extendió por las colonias en las décadas centrales del siglo XVIII. Este movimiento de disi-

dencia religiosa era también un refugio para los pobres⁹ frente al poder de las iglesias establecidas: Congregacionista en Nueva Inglaterra; Congregacionista, Luterana y Holandesa en las colonias centrales; cuáqueros en Pensilvania; anglicanos y católicos en el sur. Las demandas religiosas de los pobres y los nuevos inmigrantes fueron satisfechas por predicadores evangelistas que viajaban por todas las colonias, difundiendo un mensaje radical contra la autoridad establecida, ganando a sus fieles por su capacidad para conmover, su crítica a la acumulación de riqueza y su preocupación social, más que por su preparación intelectual. Era una religión más personal, donde podían expresarse libremente las emociones, escéptica ante el dogma, que invitaba a los fieles a participar en los asuntos eclesiásticos. *El Gran despertar* desintegró así la religión institucionalizada dando paso a multitud de iglesias, que competían entre sí por captar a sus fieles, abriendo el camino a la separación de la Iglesia y el Estado, que se formalizaría durante la revolución en las Constituciones de los Estados y posteriormente en la Constitución federal (1787).¹⁰

En cuanto a la evolución política, a mediados del siglo XVIII, las colonias seguían ligadas a la metrópoli por la figura del gobernador, designado por el rey o propietario de la colonia, que tenía aún muchas atribuciones — como derecho a veto en las leyes elaboradas por las Asambleas coloniales, poder de disolver las Asambleas y convocar nuevas elecciones y/o designar a su Consejo Ejecutivo—. Pero por otro lado las colonias estaban habituadas a autogobernarse a través de sus órganos legislativos elegidos — Asambleas coloniales, Town Halls —, liderados por sus propias élites y a decidir sobre los asuntos internos de cada colonia, incluido el poder de aprobar impuestos e iniciar la discusión de sus leyes.¹¹

Esta política colonial, aunque liderada por las élites coloniales — abogados, comerciantes, plantadores —, que ocupaban los escaños de las Asambleas y los comités de los *town meetings*, eran elegidos por el electorado más amplio del mundo occidental. Entre el 40 y el 80 por 100 de los varones blancos — un 20 por 100 de la población — podía votar para elegir delegados en las Asambleas y participar en los *town meetings*.¹²

¿QUIÉN DOMINARÁ EL CONTINENTE? LAS GUERRAS COLONIALES

Sin duda, las tres guerras imperiales, que desde 1713 tuvieron lugar en las colonias para dirimir qué imperio dominaría América del Norte,

contribuyeron a aumentar las tensiones en este mundo cambiante, especialmente en Nueva Inglaterra, que sufrió el mayor número de bajas. El tratado de Utrecht (1713-1714), que puso fin a la guerra de Sucesión Española, conocida en las colonias como guerra de la reina Ana, supuso el fin de la hegemonía francesa y el principio de la hegemonía británica. Desde entonces, Inglaterra utilizó su hegemonía indirecta para mantener la paz y el equilibrio en el continente europeo; pero en América persiguió su política de desarrollo comercial y expansión colonial, frente a los dos imperios que obstaculizaban sus objetivos: Francia y España. De esta forma, a partir de 1713 todos los conflictos internacionales tuvieron resonancia en los territorios coloniales del norte de América o fueron estos territorios motivo de las guerras entre los imperios europeos, exigiendo así la participación de los colonos en el esfuerzo bélico.¹³

La guerra de la Oreja de Jenkins (1739-1742) enfrentó a Gran Bretaña y España por el control del comercio caribeño. La guerra se disputó en Florida y el Caribe, donde las tropas británicas, reclutadas en Georgia y Carolina del Sur, financiadas con dinero colonial, pero mandadas por oficiales británicos, tenían el propósito de invadir Florida y adueñarse de Cartagena de Indias y Cuba. Los colonos fracasaron en todos sus objetivos sufriendo enormes pérdidas, que achacaron a la ineficacia y arrogancia de los oficiales británicos.

En la guerra del rey Jorge (1744-1748), nombre con que se conocía en las colonias la guerra de Sucesión Austríaca, franceses e ingleses se enfrentaron por el control de los bosques de la región del Maine, Illinois, el valle del río Ohio y la región de los Grandes Lagos. Ambos imperios tenían una presencia y objetivos coloniales muy distintos en Norteamérica. Los colonos británicos eran una población en expansión de casi dos millones de personas, asentados en colonias independientes de la Costa Atlántica. Los colonos franceses, centrados en Québec, eran solamente 80.000, dispersos por un enorme territorio salvaje que iba de los Grandes Lagos a Nueva Orleans, siguiendo el curso del Mississippi. Pero Francia tenía la ventaja de que la población era muy homogénea, su autoridad estaba centralizada y contaba con la alianza de las naciones indias frente a los ingleses, pues a diferencia de los colonos ingleses no tenía interés en la explotación agrícola de su territorio. Los colonos de Nueva Inglaterra planearon, financiaron y ejecutaron con éxito la toma de Louisbourg, la fortaleza francesa en Nueva Escocia, que fue la principal victoria de esta guerra; pero el imperio británico, la devolvió a Francia en 1748 a cambio de Madrás en la India, sin tener en cuenta los intereses de los colonos.

Seis años después, franceses e ingleses se volvieron a enfrentar definitivamente por el control de Norteamérica. La guerra de los Siete años, que duró nueve en las colonias norteamericanas (1754-1763) y se llamó guerra franco-india, se inició en América, sus motivos fueron estrictamente coloniales y tuvo en América su escenario principal. El motivo fue otra vez la competencia por el control del valle del Ohio, entre los colonos de Virginia, que lo consideraban su zona de expansión al oeste, y Canadá, sobre la que aspiraban a expandirse los colonos de Nueva Inglaterra. Los primeros choques entre virginianos, mandados por el teniente coronel de la milicia, George Washington, de veintidós años, y franceses, tuvieron lugar en la confluencia del río Ohio y acabaron con la derrota de los virginianos.

Tras esta derrota Inglaterra decidió enviar a Norteamérica solamente dos regimientos, mandados por el general Edward Braddock, esperando que fuera una guerra localizada. Por otro lado, fracasaba el llamado Plan de Unión de Albany, para establecer entre ocho de las trece colonias un plan de defensa común, que les permitiera reclutar un ejército y financiarlo. En 1755, el pequeño Ejército británico, al que se unieron tropas de las colonias directamente amenazadas, sufrió severas derrotas frente a los franceses, mientras la guerra se extendía por todo el mundo: el Atlántico, el Mediterráneo, las Indias Occidentales, El Océano Índico y Asia. Las derrotas continuaron en 1756-1757, hasta que William Pitt, nombrado presidente del Consejo de Ministros, comprendiendo que lo esencial de esa guerra era el control de Norteamérica, trasladó a las colonias un ejército de 25.000 hombres, al que se unieron otros 25.000 colonos.

En 1759 los británicos consiguieron controlar el valle del río Ohio. Los primeros éxitos militares en Norteamérica se extendieron ese mismo año a todos los escenarios bélicos, con victorias en la India y África y la confirmación del poderío naval británico. A estas victorias se unirían también en 1759 la toma de Québec y en 1760 la conquista de Montréal. Aunque la guerra aún continuaría en el oeste, el poderío francés se había acabado en el continente americano.

Por la paz de París (1763), todo el Canadá francés y la Florida española —a cambio de la devolución de Cuba, conquistada por los ingleses en 1762— fueron cedidos a Gran Bretaña. Francia, para resarcir a España de sus pérdidas le cedió la Luisiana y todos los derechos franceses al territorio situado al oeste del Mississippi. El Imperio francés desaparecía así de Norteamérica, lo que permitía a los colonos expandirse libremente por el norte y el oeste, y el imperio británico se con-

vertía en una potencia mundial, que se extendía por Norteamérica, las Indias Occidentales y la India.¹⁴

Las experiencias bélicas, el desarrollo económico y los cambios sociales de la primera mitad del siglo XVIII, reafirmaron las particularidades que diferenciaban a las colonias de la metrópoli. A 5.000 kilómetros de distancia de la metrópoli, las colonias eran «sustancialmente libres e independientes unas de otras»; tenían una economía fundamentalmente agraria, incluso primitiva, pero muy capitalista y eran una sociedad donde el racismo estaba institucionalizado —pues la prosperidad de los blancos se consiguió a base de arrebatar tierras y exterminar a las naciones indias y explotar a los esclavos negros africanos— y constituía un elemento de cohesión de la minoría europea. La cohesión y homogeneidad de las sociedades coloniales aumentaba por la religiosidad común —casi todas las iglesias eran protestantes—, la alfabetización masiva y una relativa igualdad económica. Así, aunque las desigualdades de riqueza aumentaron en el siglo XVIII, un 40 por 100 de la población blanca eran propietarios agrícolas, artesanos o tenderos y los colonos blancos en general gozaban de un nivel de vida y una participación en la sociedad civil muy superior a la europea.¹⁵

A pesar de estas peculiaridades, nada hacía pensar que la independencia o la revolución eran inevitables tras la victoria británica en la guerra franco-india. La paz de París parecía beneficiosa tanto para los colonos como para el imperio. Inglaterra se confirmaba como el poder hegemónico mundial, que dominaba los mares y añadía a su territorio la India, Canadá y Florida. En cuanto a los colonos, eliminados los franceses de Norteamérica, podían expandirse por su enorme territorio, que ahora se extendía desde el Golfo de México a la Bahía de Hudson y de los Apalaches al Mississippi en el oeste. Pero las necesidades británicas de administrar su creciente imperio en Norteamérica y de enjugar las deudas contraídas en la guerra franco-india le obligaron a aumentar la imposición colonial. Este aumento de la tributación coincidió con la crisis económica colonial y provocó entre 1763 y 1775 la crisis fiscal, que llevaría primero a la rebelión y después a la revolución y la guerra de la Independencia.



MAPAS 1 y 2: Norteamérica en 1756 y 1763, respectivamente.

FUENTE: R. E. Evans, *La guerra de la Independencia norteamericana*, Akal, Madrid, 1991.

LA REORGANIZACIÓN DEL IMPERIO EN AMÉRICA.

«NO PUEDE HABER IMPOSICIÓN SIN REPRESENTACIÓN»

Los intentos de los Estuardo de centralizar administrativamente el imperio, mediante la Junta de Comercio (The Board of Trade), habían fracasado a principios del siglo XVIII. En cuanto a las Leyes de Navegación promulgadas a partir de 1651, por las que todas las mercancías coloniales debían dirigirse en primera instancia a los puertos británicos desde los cuales se reexportaban a otros países y las colonias eran mercados exclusivos para las manufacturas inglesas, no se cumplían con rigor en las colonias americanas, que mantenían un floreciente comercio intercolonial, ni en las Antillas no británicas, lo que les permitía compensar su desequilibrio comercial con Gran Bretaña.

Cuando la guerra franco-india acabó, la reforma de ese imperio, al que Benjamin Franklin comparaba en su fragilidad con un jarrón chino,¹⁶ no podía dilatarse más. Había que integrar a una población francófona de 80.000 habitantes, organizar el enorme territorio adquirido a Francia y España, especialmente las salvajes y deshabitadas tierras del oeste, donde el inminente conflicto entre los colonos ávidos de tierra y los nativos americanos estalló en la rebelión de Pontiac en mayo de 1763. Desde la toma de Canadá en 1760, el comandante en jefe del Ejército británico, el general Jeffrey Amherst, no necesitando ya la ayuda india para derrotar a los franceses, suspendió los subsidios a las naciones indias en el momento en que eran más necesarios para su supervivencia tras los años de guerra. Al mismo tiempo el Ejército británico ocupaba los fuertes franceses a lo largo del río Ohio, lo que las naciones indias de la zona consideraban una intrusión en sus territorios de caza y la constatación de que —a diferencia de los franceses— los británicos trataban de ocupar sus tierras, pues no entendían cómo los franceses «habían entregado su país, que jamás había sido conquistado por nación alguna».¹⁷ Ante esta perspectiva, los indios de la región del Ohio se unieron a Pontiac, el jefe de los *otawa*, en la guerra de independencia india, capturando todos los puestos fronterizos —excepto Fort Pitt, Fort Niagara y Detroit—, masacrando las guarniciones y asolando la frontera desde Nueva York a Virginia.¹⁸

Ante este levantamiento indio, el rey firmó en octubre de 1763 la Proclamación Real, que además de establecer tres nuevas colonias en las tierras conquistadas a España y Francia —Québec, Florida este y Florida oeste—, dibujaba una «frontera imaginaria» a lo largo de la cima de los Apalaches, que los colonos no podían traspasar y donde

los gobernadores no podían autorizar inspecciones de tierras, ni conceder donaciones. Pero la paz con los indios no llegó hasta 1766 y la Proclamación no evitó que los colonos y especuladores traspasaran la frontera de los Apalaches, por lo que Gran Bretaña consideraba que necesitaba un ejército permanente de 10.000 soldados en el oeste, el doble del que existía en las colonias antes de la guerra franco-india, cuyos gastos superaban las 300.000 libras anuales.

Para pagar estos gastos y las deudas de guerra no podía recurrirse ya al aumento de la tributación en Inglaterra, donde las clases populares expresaban su descontento por la corrupción y la no extensión del derecho al voto en constantes disturbios populares; Irlanda se impacientaba bajo la sistemática interferencia británica y las clases altas se sentían ahogadas por los impuestos. Las reformas de George Grenville, el primer ministro de Jorge III, trataron de que los colonos americanos, que soportaban la tributación más baja del mundo occidental, contribuyeran a estos gastos, primero con reformas aduaneras que hicieran cumplir las Leyes de Navegación, y cuando éstas fueron insuficientes, con nuevos impuestos.

Las patrullas de la Marina en las costas y un nuevo tribunal del Almirantazgo con sede en Halifax fueron acabando con la negligencia y corrupción de las Leyes de Navegación. La Ley del Azúcar, aprobada en 1764, reforzaba y actualizaba este aspecto de poner freno al contrabando y la corrupción de los aduaneros. La ley ampliaba la lista de productos coloniales que debían exportarse directamente a Gran Bretaña —al tabaco y el azúcar se añadieron las pieles, el hierro, la madera—; aumentaba los registros y fianzas que los comerciantes debían obtener; imponía aranceles a los tejidos, el azúcar, el índigo, el café y el vino importado a las colonias y, sobre todo, reducía de 16 a 3 peniques el galón el arancel sobre las melazas, esperando que un arancel reducido se cumpliría a rajatabla, acabaría con el contrabando, llevaría a la importación legal de melazas y beneficiaría económicamente a la Corona. La opinión de los colonos era muy distinta: «por primera vez el Parlamento había asumido funciones de aumentar los impuestos en las colonias, más que simplemente regular el comercio».¹⁹

Ese mismo año el Parlamento aprobó la Ley de la Moneda, que extendía a todas las colonias la prohibición de emitir papel moneda, con lo que el dinero colonial perdió su valor, haciendo caer también los precios y agravando así la crisis económica y monetaria de las colonias tras la guerra. Esta crisis no era la mera expresión de los efectos de la guerra y los nuevos controles metropolitanos sobre el dinero

y el comercio, sino que tenía como causa estructural la enorme dependencia de la economía americana del crédito británico. Para aumentar las ventas en las colonias, los financieros británicos y escoceses ampliaron y diversificaron su línea de crédito, lo que contribuyó a la expansión económica colonial de mediados del siglo XVIII, pero también saturó el mercado de productos británicos y de algunos americanos, como el tabaco. La demanda extraordinaria de la guerra franco-india salvó momentáneamente a muchos productores y comerciantes de la ruina, pero no de su dependencia del crédito británico y de cualquier movimiento de la economía británica, como la crisis financiera de 1762-1764.

La escasez de crédito colonial era pues anterior a la Ley de la Moneda, pero tras la entrada en vigor de esta ley, todas las clases económicas coloniales —granjeros, plantadores y comerciantes— pensaban que aumentar el papel moneda en circulación era una alternativa a la deflación y escasez de crédito. En los años siguientes también los comerciantes británicos —que habían presionado en su momento para que se aprobara la Ley de la Moneda— estaban de acuerdo en que el aumento de papel moneda en circulación facilitaría sus ventas en las colonias americanas.²⁰

Estas reformas que regulaban el comercio y particularmente la Ley del Azúcar, provocaron la primera protesta intercolonial contra la Corona en 1764, pero fueron incapaces de sufragar todos los gastos del mantenimiento de los 10.000 soldados británicos estacionados en el oeste, por lo que Grenville decidió utilizar un nuevo tipo de impuesto, que por primera vez afectaba a la economía interior de las colonias. En marzo de 1765, el Parlamento aprobó la Ley del Timbre, que gravaba con un impuesto los documentos legales, almanaques, periódicos y casi cualquier tipo de papel utilizado en las colonias.²¹ También en marzo de 1765 se aprobó la Ley de Acuartelamiento, que obligaba a las colonias a abastecer y alojar a las tropas británicas, construyendo cuarteles o alojándolas en posadas y edificios vacíos. Esta ley afectaba sobre todo a Nueva York, donde estaba el Cuartel General del Ejército británico.

La imposición por primera vez de un impuesto «interno», que afectaba a todas las colonias y perjudicaba especialmente a los grupos sociales más poderosos e influyentes, así como la amenaza de que la Corona pudiera utilizar el Ejército del Oeste para asegurar el cobro del nuevo impuesto, movilizó a todos los sectores sociales y a todas las colonias contra Inglaterra.

En un contexto social ya muy convulso desde mediados del siglo XVIII, donde en medio de las tensiones sociales coloniales comenzaron a elaborarse una «ideología *whig*», que enfatizaba los derechos del individuo frente al Estado, y una «ideología popular», que identificaba libertad con representación política e igualdad, la nueva imposición británica dirigió la protesta social contra Inglaterra, y la Ley del Timbre la convirtió en un movimiento de masas colonial que comenzaba a articularse políticamente.

La protesta comenzó entre las élites de las colonias —plantadores, comerciantes, abogados, impresores—, que expresaron su descontento en las Asambleas coloniales y lo difundieron por todas las colonias a través de los Comités de Correspondencia, la multiplicación de panfletos, periódicos y organizaciones llamadas Hijos de la Libertad, que se reunían bajo los «árboles de la libertad». En los *town meetings* estas élites se encontraban con la clase media de pequeños agricultores, artesanos y tenderos, organizados espontáneamente en clubs y tabernas, que formaban en todas las colonias grupos de resistencia locales y expresaban junto a «la multitud» su descontento contra la Ley del Timbre.²² El más violento de estos motines fue el que estalló en Boston, destruyendo la casa del gobernador Thomas Hutchinson en agosto de 1765 y la del distribuidor del timbre en Massachusetts. Tras estos incidentes, en todas las colonias la multitud quemó esfinges de los funcionarios reales.

El argumento legal de la protesta era la defensa del derecho de los colonos, como «ingleses nacidos libres», a no ser obligados a pagar impuestos por una institución como el Parlamento británico, en la que no tenían representación. Este argumento contenía tanto una protesta contra el Parlamento, que por primera vez había vulnerado la costumbre de «no imponer impuestos internos»; como un cuestionamiento de la «representación virtual»²³ en el Parlamento británico, por la que cualquier miembro del Parlamento representaba los intereses de todo el país y todo el imperio, aunque las colonias y las ciudades industriales británicas, como Manchester o Birmingham, no tuvieran ninguna representación. Los colonos americanos, acostumbrados a que votaran entre el 40 y el 80 por 100 de los varones blancos —mientras que en Inglaterra lo hacían un 15 por 100— y a que hubiera una relación proporcional entre población, electores y representantes, no podían entender esta representación virtual. Estos argumentos, así como la petición de ayuda al rey y al Parlamento para que rechazara la Ley del Timbre, se decidieron el 7 de octubre de 1765 en el Congreso contra la Ley del Timbre, que

reunió en Nueva York a 27 representantes de nueve colonias, para redactar la Declaración de Derechos y Quejas de las Colonias.

El 1 de noviembre debía comenzar a hacerse efectiva la ley, pero los negocios se hicieron sin timbre, los periódicos aparecieron con la calavera pirata en la esquina donde debía haber estado el timbre y los comerciantes británicos comenzaron a sufrir los efectos de los movimientos de boicot a la importación. Estos movimientos, organizados por los comerciantes coloniales, unían los intereses de todos los grupos económicos —comerciantes saturados de productos británicos, plantadores, agricultores, artesanos y manufactureros— en una acción que expresaba tanto una opinión económica a corto y largo plazo, como la influencia de la ética puritana,²⁴ que consideraba productiva la agricultura y la artesanía e improductivo la especulación y el comercio. En este contexto comenzaron a tener eco voces como la de Benjamin Franklin —el decimoquinto hijo de un cerero, impresor, escritor, filósofo y científico autodidacta—, que cuestionaba el beneficio económico de la relación con Gran Bretaña y veía llegado el momento de que los americanos «se vistieran con sus propios trajes y no se los quitaran de encima hasta que puedan comprar otros».²⁵ Sin embargo, la mayoría de los colonos aún pensaba en recuperar su autonomía económica dentro de la relación imperial con Inglaterra.

El nivel de la protesta y el daño que ésta estaba causando a los intereses económicos británicos fue tal, que en 1766 el Parlamento retiró la Ley del Timbre, pero aprobó la Ley Declarativa, que confirmaba que en el imperio solamente el Parlamento tenía la soberanía y la potestad de hacer leyes que obligaran a los colonos «en todos los casos, cualesquiera que fueran». De todas formas, ante la oposición de los colonos a pagar un impuesto interno, las autoridades británicas decidieron recurrir a los tradicionales derechos de aduanas más indirectos y externos. En 1767, el ministro de Hacienda Charles Townshend consiguió la aprobación en el Parlamento de nuevos gravámenes sobre el vidrio, la pintura, el papel y el té importados a las colonias. También reorganizó la autoridad colonial entre 1767-1768: constituyó la Junta de Aduanas norteamericana con sede en Boston, que dependía directamente del Tesoro; estableció tres nuevos tribunales del Vicealmirantazgo en Boston, Filadelfia y Charleston; creó un nuevo Secretariado de Estado, dedicado exclusivamente a asuntos coloniales, y para economizar, una vez firmada la paz con Pontiac en 1766, retiró el Ejército del Oeste y lo estacionó en las colonias costeras. La concentración de este ejército permanente en el este y los Aranceles Townshend en-

cendieron otra vez la protesta colonial y los movimientos de boicot a la importación, sin conseguir recaudar más que la décima parte de lo que costaba mantener anualmente el Ejército, causando además enormes pérdidas a las exportaciones manufactureras británicas.

Fue en Boston donde las protestas fueron mayores. Lideradas por Samuel Adams —hijo de un cervecero al que arruinó, recaudador de impuestos fracasado y siempre perseguido por sus acreedores, fue uno de los líderes patriotas más radicales, así como tutor de su primo menor John Adams—, que con sus Hijos de la Libertad escribía incendiarios artículos en los periódicos, organizaba protestas en los pubs, *town meetings* y en la Asamblea colonial. En febrero de 1768, la Asamblea de Massachusetts aprobó y envió a las otras Cámaras Coloniales la circular —elaborada por Samuel Adams y el abogado bostoniano James Otis— que denunciaba los Aranceles Townsend como una violación constitucional del principio de «ninguna contribución sin representación». El gobernador disolvió la Asamblea, por negarse a revocar la circular, mientras los colonos formaban una Convención de Delegados Ciudadanos y bandas errantes intimidaban a los aduaneros y boicoteaban a los comerciantes probritánicos.

Dos regimientos de tropas de Irlanda comenzaron a llegar a Boston el 1 de octubre de 1768. En 1769 había 4.000 «casacas rojas» en una ciudad de 16.000 habitantes y la tensión entre los soldados y los ciudadanos era enorme. El 5 de marzo de 1770, una partida de ocho soldados británicos, acosados por la multitud, disparó causando cinco muertos. La matanza de Boston proporcionaba así los primeros mártires a la causa de los colonos, mientras sólo se habían recaudado 21.000 libras con los nuevos aranceles y se calculaban en 700.000 libras las pérdidas comerciales británicas por el boicot a las importaciones de la metrópolis.

En abril de 1770, el Parlamento revocó todos los Aranceles Townsend, excepto el del té, y durante dos años hubo una tranquilidad superficial. Las protestas de los colonos se habían convertido en una rebelión articulada intercolonial, suficientemente efectiva para conseguir dañar los intereses británicos y hacer que el Parlamento revocara la Ley del Timbre, el primer impuesto directo e interno sobre las colonias americanas, así como todos los nuevos aranceles, excepto el del té. Pero la metrópoli seguía dispuesta a aumentar el control económico y político sobre las colonias. La Ley del Azúcar, la Ley de la Moneda y la Ley de Acuartelamiento se mantenían en vigor. Los tribunales del Vicealmirantazgo y la Junta de Aduanas continuaban funcionando.

En cuanto al Ejército, había tenido que abandonar Boston después de marzo de 1770, pero permanecía en los alrededores y la Marina seguía patrullando las costas.

Cuando comenzaron otra vez las protestas en el año 1772, las colonias se encontraban en lo peor de la crisis económica, y los líderes americanos empezaron a considerar la posibilidad de la independencia como la mejor forma de proteger los intereses económicos coloniales.²⁶ Conforme la crisis avanzaba, ya no se luchaba por «los derechos del inglés nacido libre», sino por preservar la libertad americana, entendida como un derecho universal, frente a la tiranía británica.

En junio de 1772, los habitantes de Rhode Island, en protesta por la imposición opresiva de las Leyes de Navegación, abordaron y hundieron la goleta de la Armada británica *Gaspée*, hiriendo a su capitán. La respuesta de la metrópoli fue enviar una comisión real para investigar los hechos, con poderes para mandar a los sospechosos a Inglaterra a fin de ser juzgados. Ese mismo mes en Boston, el gobernador de Massachusetts Thomas Hutchinson comunicó a la Asamblea de la colonia que su salario y el de los jueces del Tribunal Supremo ya no provendría de la Asamblea, sino de los beneficios de las aduanas, haciendo temer una evolución hacia formas despóticas de gobierno. En noviembre de 1772, bajo el liderazgo de Boston y especialmente de Samuel Adams, todas las ciudades de Massachusetts habían organizado Comités de Correspondencia, y la mitad de ellas —270 ciudades— aprobaron *The Votes of Proceeding*, el documento en que los bostonianos expresaban todas las violaciones británicas de los derechos de los colonos —imposición de impuestos y legislación sin el consentimiento de los colonos, el envío de ejércitos permanentes en tiempos de paz, la supresión del juicio con jurado, la restricción de las manufacturas y la amenaza de establecer obispos anglicanos en Norteamérica—. En marzo de 1773, la Asamblea de Virginia propuso la formación de Comités de Correspondencia intercoloniales, que se extendieron como una red por las colonias, mientras los periódicos hablaban abiertamente de independencia.

En mayo de 1773, lord North, quien había sustituido a Townshend como ministro de Hacienda, proporcionó la ocasión para el enfrentamiento cuando consiguió que el Parlamento concediera a la Compañía de las Indias Orientales el privilegio exclusivo de vender directamente el té a las colonias, sin pasar por los almacenes de los comerciantes coloniales. El objetivo principal de esta medida era aliviar la situación económica de la compañía, pero la venta de té barato no evitó que los comerciantes coloniales pensaran que a este monopolio podían seguir

otros, y que los Comités de Correspondencia interpretaran los hechos como que la metrópoli estaba intentando comprar la pasividad del pueblo con té barato.²⁷

En los principales puertos se impidió que los barcos descargaran el té de la Compañía de las Indias Orientales. En Nueva York y Filadelfia los agentes de la compañía tuvieron que dimitir; en Charleston se descargó el té y se vendió después para financiar la revolución; en Boston, el gobernador Thomas Hutchinson obligó a los capitanes de los barcos a descargar, pero el 30 de noviembre de 1773, un grupo de patriotas disfrazados de indios *mowak*, dirigidos por Samuel Adams, arrojaron al mar el cargamento de té valorado en 10.000 libras.

Mientras los comerciantes y algunos líderes patriotas veían con preocupación la destrucción de propiedad, el Parlamento británico aprobó en abril de 1774 las Leyes Coercitivas para disciplinar a Boston. Desde el 1 de junio de 1774, la Ley del Puerto de Boston cerraba el puerto hasta que el té fuera pagado. La Ley de la Administración Imparcial de la Justicia acordaba que los funcionarios acusados de delitos graves fueran juzgados en Inglaterra o en otra colonia, para evitar unos jurados hostiles. Una nueva Ley de Acuartelamiento otorgaba al gobernador poderes para alojar a las tropas en edificios privados, confiscándolos si era necesario y la Ley del Gobierno de Massachusetts alteraba la Carta de la colonia y reorganizaba el gobierno. Según esta ley, los miembros del Consejo o la Cámara Alta serían nombrados por el gobernador en lugar de ser elegidos por la Asamblea legislativa, se restringían las reuniones ciudadanas, se reforzaba el poder del gobernador para nombrar jueces y sheriffs y se nombraba a Thomas Cage, comandante en jefe del Ejército británico, gobernador de Massachusetts.

Al malestar que provocaron las Leyes Coercitivas se unió en junio de 1774 la Ley de Québec, que permitía a los habitantes franceses de la provincia el uso de la lengua francesa y la práctica del catolicismo romano, nombraba un gobernador y Consejo no elegido y, especialmente, colocaba dentro de las fronteras de Québec las tierras occidentales al norte del río Ohio, tierras que Pensilvania, Virginia y Connecticut habían reclamado hacía tiempo como suyas. Una y otra fueron llamadas por los colonos «leyes intolerables», pues demostraban que Gran Bretaña estaba utilizando su poder contra los intereses económicos y políticos de los colonos. La aprobación de estas leyes reavivó la protesta, convertida ahora en una rebelión abierta contra el poder tiránico de la monarquía británica y en una revolución de las formas de poder en las colonias.

1774-1776, DE REBELIÓN COLONIAL A REVOLUCIÓN
POR LA LIBERTAD UNIVERSAL

Las Leyes Coercitivas aprobadas por el Parlamento británico para castigar a Massachusetts y Boston, consideradas el embrión de la protesta colonial, tuvieron el efecto contrario de unir a todas las colonias en su contestación al poder monárquico y la administración colonial. La revolución comenzó cuando el pueblo de Massachusetts se resistió a pagar el té y a aceptar la nueva situación de pérdida de sus derechos e instituciones, y en la lucha por recuperarlas encontraron nuevos líderes radicales y fraguaron nuevos órganos de poder. Desde 1772, la élite de los comerciantes en alianza con los artesanos y en ocasiones con la colaboración de la multitud, había promovido la formación de Comités de Correspondencia en todo Massachusetts; pero en 1774 el cariz de la agitación cambió. Por primera vez hubo una presencia de agricultores, que perjudicados por el cierre del puerto de Boston, decidieron en sus comités unirse a Boston en la lucha contra las Leyes Coercitivas. Los comités en cada ciudad y condado tomaron el poder activo, sustituyendo a la autoridad oficial y organizando milicias, que impedían la apertura de los tribunales. Aunque inicialmente la élite *whig* de mercaderes y las clases medias luchaban por el reestablecimiento de la antigua Carta de Massachusetts, en la lucha hubo un desplazamiento del poder hacia los sectores radicales de la clase media y «la multitud», más interesados en la igualdad política y económica, que convirtieron un movimiento limitado de resistencia en un movimiento popular.²⁸

La sorpresa para los británicos fue que todas las colonias se sintieron amenazadas por las Leyes Coercitivas y decidieron ayudar a Boston, y que en esta resistencia emergiera un poder político paralelo al de la Corona —local, de condado y provincial; pero también interprovincial o intercolonial—. Mientras por toda la costa barcos cargados de mercancías iban en ayuda de Boston; de Nueva York a las Carolinas, todas las localidades establecieron Comités de Correspondencia, organizaron milicias y decidieron coordinar intercolonialmente el nuevo poder de los comités, convocando en septiembre de 1774 el Primer Congreso Continental en Filadelfia.

Asambleas coloniales, comités locales o convenciones irregulares eligieron a los 55 delegados que asistieron al Primer Congreso Continental, representando a 12 de las 16 colonias —no enviaron delegados las colonias más recientes de Georgia, Québec, Nueva Escocia y las

Floridas—. Estos delegados aprobaron la postura más radical, que compartían Massachusetts y Virginia, contenida en las *Resoluciones del Condado de Suffolk*, Massachusetts. Éstas recomendaban la resistencia abierta a las Leyes Coercitivas, reconocían los nuevos poderes y creaban una Asociación Continental, que ponía en práctica las resoluciones del Congreso contra la importación y el consumo de productos británicos y la persecución de los «enemigos de la libertad» mediante la intimidación y la coacción violenta.

Esta revolución que estaba teniendo lugar en las colonias entre 1774 y 1776 variaba según la colonia, e incluso de unas zonas a otras, dependiendo de las relaciones de poder, la experiencia de las luchas anteriores o la situación política. En Virginia, donde no había habido tensiones sociales desde que en 1676 la rebelión de Bacon había unido a blancos pobres de la frontera con sirvientes contratados, negros libres y esclavos contra los indios y la élite de plantadores, la mayoría de los plantadores de la colonia eligió la revolución, que como en Massachusetts, inicialmente tuvo en la Asamblea provincial²⁹ el centro de resistencia. Cuando el gobernador, lord Dunmore, disolvió la Cámara de los Burgueses, a finales de mayo de 1774, por haber votado un día de ayuno y oración contra las «leyes intolerables», sus miembros se constituyeron en Congreso Provincial, organizando una campaña para que otros sectores sociales se les unieran «en rituales de virtud y compromiso». En una colonia donde los blancos estaban unidos por la propiedad, el cultivo del tabaco y la noción de libertad, gracias a la expansión de la esclavitud,³⁰ los comités reflejaron también el orden existente de una sociedad que seguía regida por las necesidades e intereses de su clase de plantadores.

Maryland también se unió a la revolución por iniciativa de la élite de plantadores, pero no era como en Virginia una sociedad en que los blancos estaban unidos, ni donde todo era esclavitud y tabaco. Las tierras del este, entre la bahía de Chesapeake y el Atlántico, eran de agricultura familiar, y más al norte, tanto blancos pobres como negros libres cultivaban trigo, no tabaco. Así, a diferencia de Virginia, negros y blancos pobres se unieron a los *tories* frente a los plantadores, al tiempo que en la milicia había un intenso republicanismo radical.³¹ Tampoco en las Carolinas los plantadores controlaban a los blancos pobres. En las zonas rurales del oeste estaba aún muy presente la represión al Movimiento Regulador y cuando los británicos invadieron el bajo sur, todo el interior de las Carolinas se enzarzó en una sangrienta guerra civil.

En la frontera de Nueva York también hubo una guerra civil que duraría siete años. Los pequeños propietarios y comerciantes del condado de Tyron, descontentos con el estilo de vida aristocrático y el control económico del valle ejercido por la familia Johnson, se organizaron en un comité para ayudar a Boston primero y repartirse las ricas tierras de los Johnson después. La respuesta de los Johnson fue oponerse violentamente a «los patriotas» con la ayuda de sus arrendatarios católicos escoceses y de los indios *iroqueses*, a los que la familia había tratado bien. En otoño de 1775, los Johnson y sus aliados huyeron a la frontera del Niágara, pero la guerra civil continuaría hasta lograr la independencia.³² Sin embargo, en la ciudad de Nueva York, como en Boston y Filadelfia, sería la clase media radical la que se haría con el poder desplazando a la élite mercantil.

Filadelfia, el centro económico, político y cultural de las colonias en 1774, pasó a convertirse tras las «leyes intolerables» en la ciudad más radical de las colonias americanas. La ciudad tenía una población cosmopolita y diversa de 30.000 habitantes en la que, aparte de los grupos cuáqueros originarios, había también anglicanos y católicos, así como inmigrantes recientes alemanes e irlandeses. El 50 por 100 de la población eran artesanos y el resto aprendices, jornaleros, marineros o pobres. La élite de ricos comerciantes cuáqueros y anglicanos dominó la vida política de la ciudad hasta 1774, a través de la Corporación de la Ciudad de Filadelfia —compuesta por doce hombres que no tenían que enfrentarse ni a *town meetings*, ni a elecciones abiertas— y la Asamblea provincial de Filadelfia, dominada por los moderados, que se había mantenido muy al margen del movimiento de resistencia.

Los artesanos, que podían votar, a raíz de la lucha contra los impuestos británicos comenzaron a plantear una organización política independiente, que cristalizó en 1770 cuando formaron la Sociedad Patriótica para promover a sus candidatos políticos y luchar contra la importación de manufacturas británicas. Tras las «leyes intolerables», cuando se reanudaron las protestas contra Inglaterra, un grupo de jóvenes mercaderes y abogados, principalmente presbiterianos, apoyados por pequeños comerciantes y la comunidad artesana, tomaron el control del movimiento de resistencia, formando un Comité de doce miembros. Desde los comités, esta clase media radical fue desplazando del poder a la élite moderada, derrocando en junio de 1776 a la vieja Asamblea provincial. Aún más radical fue la politización de los artesanos más pobres, oficiales, aprendices, jornaleros o peones, sirvientes, a través de la milicia entre 1775 y 1776. Para estos grupos ex-

cluidos de la política colonial, que expresaban esporádicamente su descontento a través de la multitud, la milicia fue una escuela de democracia, un primer peldaño en la transición de «la multitud» a la política organizada. Sus demandas de poder elegir a sus oficiales cada dos años en votación secreta, sufragio universal masculino — sin limitaciones de edad o propiedad— y servicio militar universal fueron la expresión más radical de la revolución en Pensilvania y en todas las colonias americanas.³³

A pesar de esta diversidad de situaciones, en general la revolución comenzó cuando las élites coloniales lucharon por mantener el poder en las Asambleas provinciales frente a los gobernadores —Massachusetts, Virginia— y en esta lucha comenzó una sustitución del poder monárquico y la administración colonial por los nuevos poderes de los comités y las milicias. En la mayoría de los casos las antiguas élites, con la incorporación de la clase media, siguieron controlando los nuevos poderes revolucionarios, pero en las principales ciudades —Boston, Nueva York, Filadelfia—, los nuevos estratos sociales de la clase media se hicieron con el poder incorporando a los blancos pobres. Todas las situaciones revolucionarias tuvieron en común la formación de grandes alianzas, que iban de las élites a la clase media y el populacho. En ese momento el enfrentamiento principal no era entre pobres y ricos, sino entre *patriotas* y *cortesianos*, entre aquellos que querían a su país y eran libres e independientes y aquellos cuya posición y rango provenía artificialmente desde arriba, por herencia o relaciones personales, que finalmente dependían de la Corona o la corte.³⁴

La toma de partido se aceleró con los primeros enfrentamientos armados entre la milicia de Massachusetts y el Ejército británico en abril de 1775. La lucha en Lexington y Concord dejó un saldo de 275 soldados y 95 patriotas muertos y tuvo como consecuencia el aumento de la solidaridad intercolonial y el asedio a los británicos en Boston desde los puertos de Charleston y Dorchester. La respuesta de los británicos fue enfrentarse a los colonos en junio de 1775 en Bunker Hill, obteniendo el general William Howe una costosa victoria, pues el mejor ejército del mundo consiguió conquistar la fortaleza al precio de 1.000 bajas británicas —más del 40 por 100 de las tropas—, las mayores bajas que los británicos tendrían en siete años de guerra. Para los americanos fue una victoria moral, que aceleró su apuesta por la independencia.

El comienzo de la lucha armada hizo que la principal función del Segundo Congreso Continental reunido en Filadelfia fuera asumir las

tareas del gobierno central para las colonias. Como tal, decidió crear un Ejército continental al mando de George Washington, comandante en jefe de la milicia de Virginia, emitir moneda para financiarlo y formar un Comité para negociar con otros países. Pero el Congreso aún tardaría más de un año en declarar la independencia. Los representantes de las colonias en el Congreso estaban de acuerdo en que debían defenderse frente a la conspiración del Parlamento y la Corona, pero la mayoría de ellos no pensaba que el problema fuera el imperio en sí.

Declararan la independencia o no, la guerra había empezado ya. El 23 de agosto de 1775, Jorge III proclamó a las colonias en rebelión. En diciembre de 1775 todos los barcos norteamericanos podían ser confiscados por los buques de guerra británicos. En invierno de 1775-1776 los colonos intentaron infructuosamente la conquista de Canadá para que los canadienses se les unieran en la lucha contra Inglaterra, pero sufrieron una dura derrota en Québec.

Por esas fechas, los rebeldes comenzaron a tener claro por qué luchaban. En enero de 1776 se publicó en Filadelfia *Common Sense* (el sentido común), el primer texto que demostraba que la lucha contra Inglaterra debía ser por la independencia inmediata y la república igualitaria. Su autor era el británico Thomas Paine, editor hasta hacía poco del *Pennsylvania Magazine*, que había llegado a Filadelfia en 1774 —tras haber sido expulsado del cuerpo de recaudadores de impuestos por exigir un aumento de sueldo, perder sus bienes y separarse de su segunda esposa—, para iniciar a sus treinta y siete años una nueva vida en América, pues como muchos de sus compatriotas creía que «era tierra de abundancia e igualdad, donde los méritos individuales, y no el rango social, ponían los límites de los logros humanos».

Hijo de un corsetero cuáquero de Norfolk, sus intentos de escapar del oficio familiar que detestaba y ascender socialmente —como profesor de inglés o recaudador de impuestos— fracasaron; si bien su recorrido por distintas ocupaciones le proporcionó una formación intelectual y política y un conocimiento de los límites del sistema político británico.³⁵ La primera influencia del padre cuáquero le había hecho partidario de cierto igualitarismo, que rechazaba las jerarquías tanto en la Iglesia como en el Estado. Su educación y autoeducación le hizo rebelde a la inmovilidad del sistema social británico y particularmente sensible a la imposibilidad de promoción personal. La experiencia como recaudador de impuestos le permitió observar las aflicciones que éstos causaban a la población y en su estancia en Londres conoció los barrios bajos de la ciudad y entró en contacto con el mundo popular-

radical del artesanado londinense, de donde vino su interés por la ciencia — «que le hacía olvidar las preocupaciones diarias y pensar en problemas universales», así como conocer a Benjamin Franklin— y la visión milenarista-radical de un cambio total en la condición humana. También en Londres estuvo en contacto con todo el movimiento de oposición al gobierno y a la estrecha representación parlamentaria, que cristalizó en la elección parlamentaria de John Wilkes y su enorme seguimiento popular en el movimiento Wilkes and Liberty, que dominó la política de la ciudad entre 1768-1770.

Thomas Paine llegó a las colonias americanas en las mejores condiciones posibles. Era libre, cuando la mayoría de los que emigraban a las colonias eran esclavos africanos o sirvientes contratados europeos, y pudo pagarse un pasaje en primera clase. Era una persona instruida, tenía cartas de recomendación de Benjamin Franklin y llegaba a Filadelfia, la capital económica y política de Estados Unidos, cuando la ciudad se encontraba en plena efervescencia política y la clase media de artesanos y tenderos estaba encontrando su voz y su lugar político.

Con la carta de presentación de Franklin consiguió un trabajo como editor en *The Pennsylvania Magazine*, lo que le permitió trabar amistad con el médico de Filadelfia Benjamin Rush, así como con otros destacados patriotas como George Washington o Thomas Jefferson, quien se convertiría en gran amigo suyo. Con su bagaje de resentimiento hacia Inglaterra y su conocimiento del funcionamiento y los límites del sistema político inglés, observó los enormes cambios que estaban teniendo lugar en las colonias y los interpretó como la posibilidad de construir un nuevo mundo y un nuevo sistema político.

Con un lenguaje sencillo, directo y muy libre, sin citas en latín, utilizando como única autoridad la Biblia, Thomas Paine se dirigía a esos artesanos y pequeños agricultores, que ya estaban participando en la revolución y peleando contra Inglaterra mientras se planteaban la conveniencia de la independencia. *Common Sense* arrancaba primero con una crítica demoledora de la Constitución inglesa — «tan extraordinariamente compleja, que la nación puede sufrir durante años seguidos, sin que sea capaz de descubrir dónde descansa la falta» —³⁶ y de la supuesta superioridad de la monarquía británica — aunque supera regímenes tiránicos «es imperfecta, sujeta a convulsiones e incapaz de producir lo que decía prometer ... no consigue acabar con la tiranía real» —;³⁷ continuaba con una crítica igualmente demoledora de la monarquía hereditaria y del supuesto derecho divino de ésta, utilizando la Biblia y demostrando que Dios está contra el gobierno monárquico.

Después pasaba a analizar en una segunda parte la situación de las colonias en ese momento y los pros y contras de la independencia. Su diagnóstico a favor de ésta era primero económico: beneficiaría a la manufactura y al comercio, favorecería la llegada de inmigrantes y permitiría estar en paz con Francia y España. En segundo lugar, creía que América tenía potencial humano y territorial para favorecer la expansión económica y defenderse en la lucha contra Inglaterra, tanto con sus propios medios, como con la ayuda de sus posibles aliados; ayuda que solamente conseguiría si se separaba de Gran Bretaña. Finalmente para eliminar el miedo a la independencia, trazaba el plan de gobierno igualitario, republicano y democrático que debía sustituir a la antigua política colonial, pues consideraba que América tenía la posibilidad de alumbrar «un nuevo mundo, y una raza de hombres, quizá tan numerosa como todos los que hay en Europa, recibirá su parte de libertad en unos pocos meses».³⁸

A los tres meses de la publicación de *Common Sense* se habían vendido más de 100.000 copias y su impacto fue enorme en convencer a muchos sectores de la población americana de que la única solución era la independencia inmediata. A principios de la primavera de 1776, el Congreso continental abrió los puertos norteamericanos a todo el comercio extranjero y autorizó el equipamiento de corsarios para luchar contra los enemigos de Norteamérica. En mayo, el Congreso recomendó a las colonias que adoptaran nuevos órganos de gobierno «bajo la autoridad del pueblo» y suprimieran cualquier tipo de autoridad monárquica. En junio, el Congreso encargó la elaboración de una Declaración de Independencia a una comisión, formada por Benjamin Franklin, John Adams, Roger Sherman, Robert R. Livingston y Thomas Jefferson, que se encargó de su redacción.

Thomas Jefferson, representante de Virginia en el Segundo Congreso Continental, no era buen orador, pero desde la crisis de las relaciones anglocoloniales de 1772-1774, se había destacado en la Asamblea de Virginia porque sus escritos eran los más radicales —partidario de constituir Comités de Correspondencia intercoloniales y de la solidaridad con Massachusetts— y los mejor escritos. Hijo de un plantador de tabaco y miembro de la Cámara de Representantes de Virginia, a su radicalismo político y talento como escritor, unía una sólida formación clásica y jurídica y una curiosidad insaciable, que le hicieron la persona idónea para redactar la Declaración de Independencia, que tras ser alterada en sus aspectos más radicales —como la mención a la abolición gradual de la esclavitud—, fue casi totalmente obra suya.³⁹

La Declaración de Independencia era la expresión de las ideas del contrato de gobierno de John Locke y de la Ilustración, pero tenía también la impronta de la radicalidad de *Common Sense* y la influencia de los acontecimientos que las colonias estaban viviendo. Sus primeras palabras se referían a la igualdad de todos los hombres y a declarar universales derechos como la vida, la libertad y el alcance de la felicidad, restringidos a los ingleses nacidos libres. Este comienzo, como hiciera Paine en *Common Sense*, convertía ya la causa de América en la causa de toda la humanidad. Consecuentemente, el pueblo de América —y no solamente los blancos con propiedad— tenía derecho a destituir a los gobiernos tiránicos, como Gran Bretaña, y elegir a sus gobernantes.

A continuación, en la parte más extensa de la Declaración, enumeraba los ataques que el rey había perpetrado contra la autonomía política colonial, la administración y la economía de las colonias. Detallaba después todos los agravios concretos, con que la Corona respondió a las protestas contra el aumento de la imposición británica. Y finalmente concluía que, al no obtener reparación «ni del rey, ni de nuestros hermanos británicos, las colonias unidas se declaraban “una entidad política separada del imperio británico” y Estados libres e independientes». Tras un acalorado debate, La Declaración de Independencia se aprobó en el Segundo Congreso Continental el 4 de julio de 1776.

La Declaración de Independencia, con su lenguaje de libertad e igualdad, sirvió para unir a los distintos sectores sociales en una guerra de siete años y medio contra Inglaterra. Sin embargo, este lenguaje radical del preámbulo, así como el derecho de los pueblos a rebelarse, no tenía entonces la trascendencia histórica que tuvo después, como principio legal e ideológico de todos los movimientos reformistas y radicales estadounidenses. En los años de la guerra de Independencia y al principio de la república, la declaración era solamente un documento de independencia y se le daba poca importancia política al preámbulo.⁴⁰ A pesar de que justificaba el cambio revolucionario de gobierno, no fue utilizada durante la revolución y la guerra como referencia por las Constituciones de los Estados, ni por los radicales, y entre 1790 y 1815 no hubo consenso respecto a ella, siendo utilizada de forma partidista por republicanos y federalistas en el período de mayor división política de la historia de Estados Unidos. Mientras los republicanos de Jefferson la defendían, los federalistas la denigraban por ser antibritánica y justificar la revolución.